



RASGAR EL VELO
DE LA SOLEDAD

Alfonso Vallejo Gago

RASGAR EL VELO
DE LA SOLEDAD



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alfonso Vallejo Gago

ISBN: 978-84-18958-18-2

ISBN digital: 978-84-18958-19-9

Depósito legal: M-26370-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres

INTRODUCCIÓN

Nos pasamos la vida buscando. Buscando la verdad, la felicidad, el amor, pero, ¿qué vida buscamos?, ¿qué verdad?, ¿qué felicidad?, ¿qué amor?; porque, ¿qué es la vida?, ¿cuál es la verdad?, ¿qué necesitas para ser feliz?, ¿cómo es el amor que necesitas?

Podríamos pensar que la vida se inicia en un momento de amor, de placer y de locura, en el que el espermatozoide más fuerte tiene su particular momento de gloria y se introduce en un óvulo fertilizándolo. La sabiduría de la naturaleza hace que se desencadenen una serie de reacciones que dan lugar, al cabo de nueve meses, al nacimiento de un bebé. ¿Cómo puede ser tanta perfección? Ya sé que todo tiene su respuesta científica, pero...y ¿el principio?, ¿cómo se inició?, ¿cómo apareció el primer humano, o el primer animal, o la primera planta, o el primer grano de arena, o la primera célula, o el primer átomo?

Es posible que, después de aparecer como un bebé encantador en este mundo terrenal, hayas crecido, hayas estudiado para ser un ser humano de ¿provecho?, trabajando, casi hasta la extenuación, para conseguir un poco de dinero que te vas a ir gastando, cada cierto tiempo, en tus vacaciones, en tu nuevo coche, en tu casa de verano y así, suspirando para que llegue tu jubilación, aunque, paradojas de la vida, sin aceptar la vejez y la muerte. Pero, aunque no se acepte, un buen día llega esa muerte, a la que siempre has temido, y desapareces de la vida.

¿No es un poco estúpido? En todo este proceso, ¿no te has preguntado, alguna vez, si realmente esto es todo lo que hay?, ¿cómo

es posible que de todos los planetas, satélites, estrellas, asteroides y cometas, solo conozcamos uno, la Tierra, en el que es posible la vida?, ¿y por qué tú has sido uno de los elegidos para disfrutar o sufrir una vida consciente?, ¿habrá algo más?, ¿vendremos de algún sitio antes de nacer?, ¿seguiremos viviendo en algún otro lugar, con una forma distinta después de nuestro paso por la vida?

Es posible que nunca te hayas hecho estas preguntas y, sencillamente, sufras cuando algún acontecimiento desagradable te toca de cerca, que saltes de alegría cuando la fortuna toca a tu puerta, que sientas la tristeza observando lo que parecen ser las injusticias de la vida o que te encojas lleno de temor pensando en lo que te va a deparar mañana la vida.

Aunque, sí puede ser posible que ya te hayas hecho estas preguntas y muchas más, y que, posiblemente, tengas respuestas, y que esas respuestas pasen por creer que existimos en otros planos y en otra forma, antes y después de la vida física, y que la vida solo sea un periodo de tiempo infinitamente pequeño, elegido por nosotros para no sabemos muy bien qué. ¿Es posible que ya creas todo esto, o algo parecido?

Tengas respuestas o no, tengas preguntas o no, reflexiona un momento sobre lo que es para ti la vida: ¿un instante comparado con nuestra posible existencia eterna?, ¿un periodo de aprendizaje?, y ese aprendizaje, ¿tú crees que es obligado hacerlo con sufrimiento?, ¿puede hacerse con alegría?, ¿puede hacerse con amor?, ¿puede ser que el aprendizaje sea vivir con amor?

Reflexiona ahora sobre tu vida: ¿eres feliz?, ¿sientes amor por todo lo que haces?, ¿merece la pena que vivas una vida que no te resulta plena?, ¿estás enseñando a tus hijos a ser felices o a que sean seres humanos de provecho?, ¿estás haciendo feliz a la persona que has elegido para que te acompañe en un tramo de tu vida?, ¿sientes que todos somos hermanos?, ¿existe en ti algún tipo de discriminación hacia alguno de esos otros seres humanos que te acompañan en tu encarnación?

Si eres feliz en cada instante, si sientes amor por todo lo que haces, si tu vida es una vida plena, si has enseñado a tus hijos a

ser tan felices como tú, si tu pareja de viaje es tan feliz como tú, si sientes que cualquier ser humano es tu hermano, si no sabes lo que es discriminar o criticar, ¡felicidades!, el final de tu peregrinaje en la materia está próximo.

Si no es así, ¡cambia!, porque si sigues haciendo las mismas cosas, siempre vas a obtener los mismos resultados. ¡Cambia!

El peregrino que narra su historia en este libro nunca se había hecho estas preguntas y se movía por la vida arrastrado por los acontecimientos, alegres, felices o dramáticos, según iban apareciendo en su vida. Y fue en el capítulo más dramático de su vida, con la muerte de su esposa y su hija adolescente, cuando comenzó a plantearse algunas cuestiones sobre la vida y la muerte y sobre la existencia de Dios.

En su peregrinaje, hasta Santiago de Compostela, fue encontrando respuestas, y no solo a las dudas que tenía, sino, también, a las preguntas que se hacía sobre la razón de la vida. Incluso, encontró respuestas a cuestiones que nunca llegó a plantearse.

Caminar con él hasta Santiago puede, no solo clarificar la razón de la vida, sino que puede resultar tan sanador como le supuso a él mismo.

¡Buen Camino, peregrino!

El que se ha ido se encuentra con nosotros
de forma más intensa que el hombre que vive.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

QUIERO SUFRIR

Otro mes de septiembre que se acaba. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Hasta cuando parece que este se detiene, pasa rápido. En diez días, otra vez mi cumpleaños. Y este año, que podría ser un año redondo por la edad (cumpló cincuenta años), es un año plagado de espinas, de dolor, de sufrimiento, de soledad, de incompreensión. Hace nueve meses que un conductor, loco y borracho, se llevó por delante a mi esposa y a mi hija en un choque tan brutal que murieron al instante.

¡Qué maquiavélica es la mente humana! A veces pienso que es un alivio que murieran al instante ya que así se ahorraron la agonía del sufrimiento por lo que le podía haber ocurrido a la otra, por el dolor de las heridas o por la preocupación, pensando en el sufrimiento que a mí me podía causar.

No he dejado de pensar en ellas ni un solo día. He llorado de día y de noche sin entender la sinrazón de la vida. He maldecido al conductor y he renegado de Dios, al que he borrado de un plumazo de mi pensamiento, porque no puede ser que exista al comprobar las miserias del mundo y las injusticias de la vida.

El conductor asesino ya está en la cárcel, y es posible que esté por unos cuantos años, pero, ¿de qué me sirve a mí que ingrese o no en prisión?, ¿van a volver ellas a la vida? Solo puede servir para que no vuelva a cometer otra atrocidad y no acabe con la vida de otras personas. Si es para eso, está bien; que al menos nadie tenga que sufrir lo que yo estoy sufriendo.

Nunca he sido un hombre religioso. Nací en una familia católica, con lo cual la religión me llegó con el nacimiento, como la nacionalidad o los apellidos. Me bautizaron, hice la primera comunión, me confirmaron, alguna vez asistí a ejercicios espirituales, me casé por la Iglesia, e hice con mi hija lo que hicieron conmigo: bautizarla, acompañarla en su catequesis y en su primera comunión. En fin, lo que normalmente hace todo el mundo sin ser consciente de si eso podía tener algún significado o no. Pensaba entonces que era un acto social. Hoy creo que es una pantomima. Pero ahí se acabó mi religiosidad. No he asistido a misa desde que empecé a tomar decisiones por mí mismo y solo pisaba las iglesias en bautizos, bodas, entierros y comuniones; y eso para quedar bien ante la familia, los amigos y la sociedad. La última vez que entré en una iglesia fue para el funeral de mi esposa y mi hija, porque no me quedó más remedio, pero ya renegando de Dios.

Hasta entonces, de alguna manera, pensaba que Dios existía y estaba ahí, aunque nunca supe muy bien cómo estaba y en qué forma. No era algo que fuera motivo de mi reflexión. Pero sí es cierto que, en alguna ocasión, le pedía, le rogaba, le hacía promesas que me hacían sentir mal si no las cumplía, le agradecía, le retaba, trataba de hacer cambalaches con Él y, a veces, hasta le dedicaba algún monólogo. Y así hasta el accidente en que fui consciente de que nunca contestaba, que pocas veces concedía mis pedidos, si es que llegó a concederlos alguna vez, y, para colmo, permitía la injusticia. Estaba claro que no estaba ahí y si no estaba era porque no existía, porque era el invento de unos hombres, más listos que el resto, que debieron inventarlo para poder manipular a los otros a través del miedo.

Ahora soy consciente de que el conocimiento que yo tenía de Dios era así: a través del miedo, a través del «no». No pecar, no robar, no matar, no desear a la mujer del prójimo, porque te ibas de cabeza al infierno a quemarte, sin consumirte, durante toda la eternidad. Qué maquiavélico, cuánta maldad. Y, si te portabas bien, ibas al cielo. ¿A qué cielo?, ¿a ese cielo adonde han ido mi esposa

y mi hija? Pensaba, cuando creía en Dios, que, de alguna manera, los que morían estaban en algún lugar próximos a Él. Seguramente, en ese cielo del que hacen tanta propaganda, aunque bien es cierto que menos propaganda que la que hacen del infierno. Pero eso también se acabó. ¡No están en ningún sitio! Sencillamente, no existen. He rogado una y mil veces que si mi esposa y mi hija estaban en algún lugar, en alguna otra forma, que se pusieran en contacto conmigo de cualquier manera en la que ellas pudieran manifestarse, pero nada, no pasaba nada. Y no pasaba porque no están. Si estuvieran, ellas contactarían conmigo porque saben de mi amor y, ahora, de mi sufrimiento.

No sé para qué vivo desde entonces. Con gusto me hubiera quitado la vida. En los primeros tres meses, era un pensamiento recurrente que venía a mí asociado a su recuerdo. Pero no he tenido valor, he tenido miedo. Y ahora que lo pienso, no sé exactamente el porqué del miedo, porque mi vida no es vida, es vegetar, es existir, como existen la flor o la arena del desierto. Y me pueden ver como a la flor o a la arena, pero me da exactamente igual que me vean o no. Lo mismo le debe pasar al desierto, al bosque o a la playa. Les debe dar igual que los vean o no.

Estoy cansado, estoy triste y hasta un poco agobiado por lo pesados que son la familia y los conocidos: «Tienes que salir», «La vida sigue para ti», «Tienes que conocer gente». ¡Dejadme en paz!, lo único que quiero es estar solo, con mi dolor, con mis recuerdos. Espero, un día, tener el valor que me falta ahora y terminar con mi vida. Sin ellas, la vida no tiene objeto, no tengo razón para vivir y, además, no tengo ganas de encontrar nuevas razones para seguir viviendo.

A veces me pregunto cómo puede ser que siga saliendo el sol cada día, cómo puede ser que la gente cante o ría, cómo pueden pensar en vacaciones o en divertirse. Como para mí se ha acabado la vida, me cuesta comprender que la vida sigue.

Y la vida sigue, tan cruel que muy pronto estaremos en Navidad. No quiero ni pensar en pasar una Navidad sin ellas. Ese es

otro motivo de tristeza. Y seguro que la familia se va a volcar para que vaya con ellos, para que no esté solo ni un segundo, pero... yo lo que quiero es, precisamente eso, estar solo. Quiero mantener vivo su recuerdo, quiero pasar la Navidad rememorando otras Navidades, cuando nació Silvia, nuestra hija; recordar su mirada de ilusión, de incredulidad, ante los primeros regalos de Papá Noel o de los Reyes Magos; el regalo sorpresa que cada Navidad nos teníamos preparado mi esposa y yo; recordar los ojos llenos de emoción deseándonos un feliz Año Nuevo en el primer segundo del día 1 de enero. Quiero volver a revivir esas emociones, quiero regodearme en mi tristeza, quiero llorar y quiero hacerlo solo, sin testigos, sin nadie que pretenda sacar la mueca de una sonrisa de mi cara. Lo hacen con la mejor intención, yo sé que me quieren, pero no necesito eso. Supongo que se tiene que curar la herida, pero no quiero que la herida se cierre, quiero mantenerla abierta, quiero que sangre, porque es la manera de mantener vivo su recuerdo.

Tengo, por lo tanto, que comenzar a planificar la Navidad. Necesito estar solo, necesito la intimidad que me pueden hurtar los que pretenden que siga viviendo. Necesito silencio para sentir mis propios lamentos. Me niego a aceptar sus muertes como un hecho consumado, me niego a distraer mi pensamiento. Quiero seguir pensando en ellas, quiero retorcerme de dolor, no quiero dejar de sufrir.

Lo mejor sería salir de la ciudad, pero no puedo decir que me voy de viaje, a tomarme unas vacaciones. Saben los que me conocen que ahora no soy capaz de dar ni un paso sin ellas y no puedo anunciar que viajo en esas fechas. Nadie se lo creería, ni yo mismo, y empezarán a aporrear la puerta de mi casa hasta que les abriera de cansancio. ¡Tengo que pensar en algo! ¡Tengo que pensar en algo!

Pero será mañana. Estoy muy cansado. Por hoy ya está bien, voy a tratar de dormir, aunque, desde hace nueve meses, no consigo dormir más de tres horas seguidas. No solo voy acumulando

sufrimiento al sufrimiento y dolor al dolor, también voy acumulando cansancio al cansancio. ¿Morirá alguien de cansancio?, podría ser una solución.

